

SUCESOS DE ESPAÑA. — Los insurrectos atacando el tren procedente de Gerona.

Janet Lang

El combate se sostuvo por ambas partes con encarnizamiento: las tropas del gobierno, mandadas por los generales Gaminde y Baldrich, debieron, para desalojar á los insurrectos, continuar un nutrido fuego de balas cónicas huecas de explosion, lanzadas por cañones rayados.

Despues del combate, el sereno de Gracia, haciendo oficio de pregonero, anunció á los habitantes que iluminasen sus casas. Apresurémonos á decir que se trataba de una simple medida de precaucion, á fin de prevenir los ataques que, á favor de la oscuridad, habia sufrido la tropa en la noche precedente.

Los ferro-carriles y los telégrafos han tenido muchas averías. En la mañana del 5 de abril, el primer tren de Gerona, que trasportaba dos ó tres compañías de voluntarios de Targarona, iba ya á entrar en la estacion, cuando fué recibido por un vivo fuego de fusilería. Gracias á la presencia de ánimo del maquinista, que dió fuerza al vapor, no salió herido ningun viajero.

Por último, en Pueblo Nuevo los insurrectos cortaron la vía delante y detrás de un tren, sin que resultara de esto otro mal que el de tener los viajeros que marchar á pié á la estacion contigua.

El 40 de abril era completa la derrota de los insurrectos, y quedó completamente restablecido el órden en Cataluña. A. DE L.

### Revista de Paris.

No hace mucho tiempo referimos á nuestros lectores la curiosa y singular historia de cierto personaje que habia sido encerrado por su familia en una casa de locos, y que al cabo de diferentes peripecias, habia tenido la habilidad de resolver la cuestion poniendo, como suele decirse, piés en polvorosa. Otro caso análogo mas complicado, pero no menos interesante por su carácter novelesco, distrae en este momento la atencion de los lectores de crónicas parisienses. Está visto que el medio de declarar demente á un hombre cuando por una ú otra razon estorba su persona, produce siempre el resultado apetecible; pero afortunadamente, está probado tambien que si es fácil dar el primer paso, no por esto se consigue secuestrar eternamente á los individuos.

Vengamos á los hechos.

En el año 1864, M. Enrique Teulat, que es el protagonista de nuestra historia, entró en calidad de preceptor en casa del príncipe de Broglie, previas las mejores recomendaciones, y con efecto, su conducta no dió margen á ninguna queja.

Cuidaba de los niños que le habian confiado con suma atencion, y así es que la familia le trataba con muchos miramientos.

El príncipe Augusto se hallaba muy enfermo, tanto que hubo una consulta de facultativos, y todos declararon que era hombre perdido.

Terrible fué este golpe para la princesa.

Inmediatamente se retiró á su cuarto y escribió á su padre, anunciándole el fallo definitivo de los médicos.

En aquel instante se hallaba en el aposento M. Teulat, y mientras la princesa escribia, el preceptor se acercó á ella de repente, y tuvo la osadía de darla un beso.

Júzuese cuál seria la indignacion de la señora. El hombre que la habia ofendido se arrojó á sus piés deshecho en llanto, y la suplicó una y mil veces que le perdonara; pero ella se mostró inflexible, y le mandó que saliera de su casa para siempre.

Sin embargo, aquel despido del preceptor que gozaba de tan buen concepto, exigia explicaciones.

¿Cómo podia la princesa dar á conocer la causa sin amargar los últimos momentos de la vida de su esposo? quizás aquella revelacion apresuraria su fin.

Estas consideraciones la decidieron á conservar á su lado á M. Teulat; pero muy luego debia cambiar de idea, y aconsejada por su confesor, quiso decir á su esposo lo ocurrido, fueren cuales quisieren las consecuencias.

M. Teulat lo supo, y entonces se dirigió al príncipe y le pidió mil perdones por su falta. Obtuvo su perdon, y permaneció en la casa humilde y arrepentido.

A la muerte del príncipe Augusto, ya parecia olvidado todo.

La princesa se retiró á Normandía, llevándose consigo á sus hijos y á M. Teulat.

No pasó mucho tiempo sin que el preceptor diese á conocer la pasion que en secreto le devoraba, y entonces la princesa llamó á su lado al príncipe Raimundo de Broglie, su cuñado, y le dió parte de lo que sucedia.

— Es menester despedir en el acto á M. Teulat, dijo el príncipe Raimundo.

— Sí, es el único remedio, contestó la princesa; se le dará con todos los miramientos posibles, y además se le promete guardar el secreto acerca del motivo.

Con efecto, M. Teulat dejó la Normandía, pretextando asuntos en Paris, y dos meses despues escribió á la princesa

una carta inmensa, de diez y ocho páginas, en que hace la historia de su pasion, contando todas sus tribulaciones con el acento del enamorado que, aun viendo combatido su amor, se obstina y se encierra en él, y le hace el único objeto de su existencia.

La princesa no leyó esta carta, sino que la entregó á su director, quien se ofreció á contestar para decir á Teulat que nada de cuanto escribiese en adelante seria recibido.

Llegó el invierno, la princesa vino á Paris, y entonces comenzó el segundo ó tercer capítulo de la odisea.

Teulat se fué á vivir junto á su casa; estaba plantado constantemente á la esquina de su calle, y la seguia á todas partes, á las iglesias, á las tiendas y á las visitas.

Diferentes veces se abalanzó al coche, y quiso penetrar en él á viva fuerza.

Finalmente, el 3 de enero los cristales del cuarto de la princesa caian hechos pedazos: era Teulat que apedreaba á su adorado tormento.

Y á todo esto las cartas llovian mas á menudo aun que las piedras, afortunadamente para la princesa.

Citaremos una de ellas fechada el 7 de enero de 1868.

« Señora princesa: he tenido el honor de deciros en muchas de mis cartas que todo lo esperaba, excepto la tranquilidad y el reposo que me habeis hecho perder para siempre; así es que no me ha sorprendido encontrar anoche, al entrar en mi casa, una cita para que comparezca en la Prefectura de Policía.

» Vuestro cuñado ha hecho una cobardía. El parte que ha dado contra mí, es un parte escrito por un niño, y no por un hombre serio.

» Volved á leer mis cartas, princesa, si quereis saber todo lo que hoy tendria que deciros... Os habeis puesto todos de acuerdo para perderme... Me habeis hecho entrar en una vía que infaliblemente debia conducirme á mi pérdida.

» Hace cuatro meses os decia: « Vos sola podeis salvarlo todo. » Creí que no me engañaba. Bien poco habia que hacer; pero creo que era preciso hacer alguna cosa. A todo lo que yo he hecho por salvaros, se ha contestado con injurias y con insultos. Se han conducido muy mal. Dios no podia escuchar las plegarias que le han hecho, porque pedian á Dios el triunfo de una injusticia. Vuestro cuñado me ha insultado en una carta que ha escrito contra mí; yo contaba encontrar en una cuestion entre nosotros dos un motivo para poner fin á este malhadado asunto y evitar el comprometeros.

» Ese hombre es un cobarde. ¡Cuánto os compadezco, princesa, y sin embargo, á pesar de todo, no puedo hacer nada, porque nada se me pide! Podrán darme la muerte empleando contra mí la fuerza; pero no lograreis cambiar ni hacerme olvidar el pasado.

» ¡Cuánto me habeis hecho sufrir, princesa, y cómo me habeis engañado!...

» No os creo capaz de negar lo que ha pasado entre nosotros; no, no lo negareis, es imposible. No os ocultaré que estoy profundamente conmovido. ¡Qué suplicio! Princesa, creed que os compadezco mucho. »

Efectivamente, los hechos ya señalados movieron al príncipe Raimundo de Broglie á dirigirse á la policía.

M. Teulat fué llamado á la Prefectura, y allí, despues de una severa reprimenda, le aconsejaron que saliese de Paris, y que no volviera á molestar á la princesa con sus pretensiones amorosas.

Ahora bien, M. Teulat no hizo caso del consejo, y poco tiempo despues le prendieron, motivando su prision en el trastorno de sus facultades mentales.

Dos meses ha pasado en diferentes establecimientos, hasta que por fin fué puesto en la calle previa una declaracion del médico, en la que se decia que su estado moral era bastante satisfactorio para que pudiese estar en libertad sin peligro.

Hasta aquí hemos presentado los hechos tal como resultan de la relacion de la familia de la princesa; y ahora vamos á ver cómo los explica M. Teulat, que tambien ha concluido por acudir á la justicia.

Desde luego rechaza la acusacion de locura; y entabla su pleito contra el príncipe Raimundo de Broglie, por haber cometido un abuso de influencia y de autoridad y contra los doctores por haberse hecho cómplices de su encierro.

Todo esto se resume en una demanda de 100,000 francos por daños y perjuicios.

Su abogado, M. Dupont de Bussac, ha sostenido que M. Teulat jamás ha estado loco, y que todo cuanto se ha contado es pura mentira. No niega que Teulat haya estado enamorado de la princesa; pero siempre la ha respetado, y hoy que ya no existe, sigue respetándola como una señora que era un dechado de todas las virtudes.

No se le encarceló porque perseguia á la princesa, sino porque amenazó y provocó al príncipe Raimundo, quien para librarse de él acudió á la policía, pidió certificados á los médicos, y le encerró en una casa de locos.

En tal estado se halla hoy la cuestion, y para decidirla es preciso oír el parecer de los médicos, que opinan de distinta manera, pues unos certifican que está loco, y otros aseguran que se halla en el uso cabal de sus facultades intelectuales.

La contienda es interesante, y tendremos á nuestros lectores al corriente de sus incidentes y de su resultado.

Esta semana ha muerto en Paris una celebridad del mundo de las letras, M. Nestor Roqueplan, uno de los hombres

que han elevado á mas altura la crónica parisiense. Verdad es que era un parisiense en toda la acepcion de la palabra. Nadie como él conocia los secretos de la existencia de la gran ciudad en los círculos que pertenecen al dominio de la crónica. Luego su posicion de empresario de diversos teatros. le tenia siempre al corriente de lo que interesa al mundo de las letras y las artes. Lo fué del teatro de Variedades, de la Grande Opera, en cuyo tiempo se representó el *Profeta*, de Meyerbeer; de la Opera Cómica, y en la actualidad, del Chatelet.

Sus obras no son muchas; pero hay algunas de ellas que vivirán largo tiempo, como las *Nouvelles á la main* y los *Recuerdos de la Opera*.

La primera constituye un precioso libro de consulta para todo el que desea saber la chismografía de Paris en la época á que se refieren. Es una verdadera crónica escrita con cualidades literarias que la colocan entre trabajos análogos debidos á Balzac, á madama de Girardin y á Alfonso Karr.

¡Con qué gracia nos pinta los usos y costumbres de la Opera, en el segundo de los dos citados libros!

Hay cuadros verdaderamente encantadores.

Por ejemplo, M. Nestor Roqueplan hace un paralelo entre los antiguos artistas y los contemporáneos, que sorprenderá seguramente á los que se imaginan que la gente de teatro conserva todavía las costumbres del tiempo de Moliere.

Hoy, en efecto, las uniones ilegítimas han desaparecido, y en su lugar se hacen bodas consagradas por la ley, y que bendice la iglesia.

M. Roqueplan cita una porcion de casamientos que se efectuaron en su época, y que todos ellos formaron otras tantas familias que en nada se distinguian de las que componen el gran conjunto de la clase media.

Cada jefe doméstico tenia su casa decentemente puesta, su agente de cambio, su uniforme de guardia nacional, con mochila ó sin ella; los esposos se vestian de luto cuando fallecia algun pariente, cumplian con sus obligaciones ó ponian pleitos al empresario cuando no querian cumplirlas, en suma, nada conservaban de aquel aspecto desordenado y loco de los comediantes antiguos.

« Su ejemplo se extiende de dia en dia á los demás teatros, añade el autor, y si en la Opera no es general, consiste en que hay aquí tradiciones mas inveteradas, recuerdos de galantería mas tenaces, y que además la compañía se divide en dos cuerpos de ejército, el del baile y el del canto, y que si el canto eleva el alma y la purifica, casi se debe creer que la danza ablanda el corazon y trastorna la cabeza.

» Pronto está dicho lo relativo al canto; los primeros artistas están casados ó tratan de casarse, y solo les interesan las cuestiones de rentas, de acciones de ferro-carriles, de canales y otros valores que producen réditos.

» En cuanto á las coristas, la mayor parte de ellas no tienen pretensiones de hermosura, y están abandonadas de los que frecuentan los bastidores. »

M. Nestor Roqueplan ha sido el inventor de ciertos calificativos que han hecho fortuna.

Él inventó la palabra *loreta*, que designa á las Magdalenas no arrepentidas del barrio de Paris en donde se halla la iglesia del Loreto, y tambien es suya la invencion de *petit crevé*, con que se designa todavía á los elegantes en ciernes.

Su muerte ha sido casi repentina. Aunque se hallaba enfermo y de peligro hace ya tiempo, nada hacia prever su próximo fin. El lunes el *Constitutionnel* publicaba, como de costumbre, su folletin de teatros, y en la tercera página anunciaba su fallecimiento.

Sus exequias tuvieron lugar el martes con una grande afluencia de literatos y artistas.

En ese folletin á que nos referimos, M. Roqueplan analizaba la nueva obra de M. Coppée, titulada *los Dos dolores*, pieza en un acto y en verso, representada en el Teatro Francés, y que ha merecido un elogio casi general por parte de la critica.

El público, sin embargo, se muestra mas frio; porque á decir verdad en esta produccion abunda con exceso el lirismo, en tanto que la accion es casi nula.

Se trata de un jóven poeta que ha abandonado su ciudad natal para buscar la gloria en Paris; pero que al mismo tiempo olvida en su provincia á su prometida esposa, en tanto que se entrega en la capital á las culpables voluptuosidades del amor adúltero.

Esta es la introduccion de la obra, pues al levantarse el telon nos encontramos en un cuarto mortuorio; el poeta ha fallecido.

La mujer indigna, causa de su extravío, se presenta por última vez en aquel lugar, teatro de sus criminales amores, á punto que estaba allí la jóven abandonada en la provincia, que venia á tributar el último homenaje al desgraciado que habia faltado á la fe prometida.

Todo se descubre: la casta enamorada despues de hacer sentir á su rival el peso de su desprecio la perdona, y entrambas irán al dia siguiente á orar sobre la tumba del poeta.

Hé ahí el argumento: es un diálogo lisa y llanamente entre dos personajes, donde se encuentra una excelente versificación; pero sin interés dramático, sin ninguna situacion, sin nada que nos dé á conocer que estamos oyendo una produccion escénica.

Y eso es todo lo que tenemos que decir sobre las novedades teatrales de la semana.

Verdad es que en estos días la atención general de los parisienses se concentra en las funciones de despedida de la Patti. Cada una de ellas constituye un espectáculo brillante. Que sea el martes, el día del gran abono, el jueves ó el sábado; mas aun: que sea el domingo, es decir, cuando los parisienses de las clases elevadas no tienen costumbre de asistir al teatro, cantando la Patti, la sala de los Italianos reúne una concurrencia bajo todos conceptos extraordinaria. Ya no se repara en los precios: se encontraba muy caro pagar una butaca 18 francos para las funciones ordinarias, y para estas no hay bastantes á 25 francos. No diremos nosotros que la afortunada artista no merece esta boga; muy al contrario, cuanto mas la oímos mas nos confirmamos en nuestra persuasión de que hace muchos años no se ha aplaudido en Paris un talento tan admirable.

La *Figlia del Reggimento* que ha repetido todas las noches de la semana última, ha añadido un título mas á su fama artística. No era de esperar menos tratándose del desempeño de un papel en que puede desplegar la maravillosa agilidad de que está dotada. En el primer acto con su traje de cantinera que la da una gracia indescriptible, es la personificación mas acabada que puede darse de esa linda creación de Donizetti, que ha sido, como la Rosina del *Barbero*, el caballo de batalla de toda artista eminente. Sin embargo, haremos una observación: la Patti que, al principio de su carrera parecía irremisiblemente condenada á no salir del estrecho círculo del repertorio ligero (*Don Pasquale*, el *Barbero*, *Crispino*, etc.) se ha ido familiarizando poco á poco con el género dramático, y en la actualidad puede asegurarse que es muy superior la impresión que produce en la Gilda de *Rigoletto*, en *Lucia*, y sobre todo en la *Traviata*. Es un progreso que debe reconocerse, aun cuando hay muchos que se obstinan todavía en la primera opinión de que sus facultades no alcanzan á este repertorio mas elevado.

MARIANO URRABIETA.

### Poesías.

#### LA VIDA SIN AMOR.

Á EMILIO.

¡La vida sin amor, eso no es vida!  
¡Vivir sin ilusión es vegetar!  
¡Llevar una existencia maldecida,  
Morir sin descansar!

¡La vida sin amor es un desierto  
Melancólico, tétrico, erial,  
Donde todo se agosta al soplo yerto  
De un aura glacial!

La vida sin amor es ancho lago  
Sin borrasca, sin olas, sin rumor,  
Que no tiene siquiera el triste halago  
Del viento del dolor.

¿Qué es el hombre lanzado á la existencia  
En un mundo de penas y de afán,  
Si no tiene en su mísera impotencia  
De amor el dulce iman?

¿Qué es para el hombre el corazón, si frío.  
Desfallece en perenne languidez?  
Árbol sin hojas, tímulo vacío  
Cubierto de ciprés.

El amor es la luz de Dios nacida  
Que alienta y vivifica nuestro ser,  
Alma del alma, vida de la vida  
Y fuente del placer.

La indiferencia apaga el sentimiento  
Y es la tumba de toda inspiración,  
Verdugo que encadena el pensamiento  
Y oprime la razón.

¡En vano del dolor en el despecho  
Busca el hombre la amarga soledad,  
Y pretende acallar entre su pecho  
De amor la tempestad!

¡Ay, en vano en su loco desvarío  
Quiere el germen matar de la pasión!  
¡El pesar le devora, y el hastío  
Le roe el corazón!

Porque el alma, de fuego se alimenta  
Y en la emoción encuentra la salud;  
Se eleva, se entusiasma en la tormenta,  
Se abate en la quietud.

¡Y bien, tú eres feliz! ¡Sobre tu cielo  
Miro una estrella sin rival lucir,  
Que desvanece con su luz el velo  
Que oculta el porvenir!

¡Tú eres feliz! ¡Tu corazón palpita  
Con la emoción sublime del placer,  
Con la vehemencia celestial, bendita,  
Que imprime la mujer!

¡Porque arde sin cesar tu pensamiento  
En la fecunda llama del amor,  
Que eleva el alma en dulce arrobamiento  
A un mundo superior!

Porque tienes un ángel en el mundo  
Bajo el cendal soberbio de la huri,  
Que un tesoro de amor, de amor profundo,  
Encierra para tí.

Porque el amor en tus jardines hizo  
Nacer, Emilio, peregrina flor,  
Que para tí renueva el paraíso  
Con todo su esplendor.

¡Pero yo, desdichado, en mi camino  
Solo encuentro la zarza del pesar!  
¡Ay, las flores al sol de mi destino  
Se agostan al brotar!

¡Para mí no hay un ángel de ventura  
Que ahuyente de mi vida la aridez,  
Y disipe la tétrica amargura  
Del alma en su viudez!

¡Una belleza fascinó mis ojos,  
Su brillo celestial me deslumbró,  
Y un campo de placeres, sin abrojos,  
Mi mente adivinó!

Creí su amor indestructible, eterno,  
Mío su puro corazón juzgué;  
Me soñé un paraíso, y un infierno  
Al despertar hallé...

¡De ese cielo de encantos y de gloria  
Que á la luz del relámpago entreví,  
Solo queda una fúnebre memoria,  
Terrible para mí!...

¡Solo un recuerdo! ¡Lámpara espirante  
Que ilumina un altar sin oblación!  
¡Hoja sutil, que por el aire errante  
Desgarra el aquilón!

Y hoy siento de mi alma en lo mas hondo  
Bullir secreto, misterioso afán,  
Como se agita el gas allá en el fondo  
De incógnito volcán.

Y siento el corazón estremecido,  
Cual barco débil que sacude el mar,  
Y siento presuroso su latido,  
Ya próximo á estallar.

¡Mas todo en vano! Súbito la calma  
Ahoga la violenta sensación,  
Y deja triste, desolada el alma  
Y yermo el corazón...

Si: que la fe murió con la esperanza,  
Con sus creencias la ilusión murió,  
Y su poder á revivir no alcanza  
La luz que se apagó...

¡En vano la ardorosa fantasía  
Su fuego, su entusiasmo al pecho da,  
Si el corazón en la quietud sombría  
Del desafecto está!

Un alma ardiente, un alma apasionada  
El patrimonio de mi vida fué;  
Mas hoy se abate, de luchar cansada,  
Sin ilusión, sin fe...

Por eso, en mi dolor, contra mi frente  
Romper quisiera el áspero laud,  
Pues hiela el corazón indiferente  
Temprana senectud.

¡Por eso al verte tan feliz, amigo,  
Me abrumba un pensamiento matador,  
Y desgarrado el corazón maldigo  
Mi vida sin amor!

DOMINGO DIAZ GRANADOS.

Á CÁRMEN.

¡Amiga! del verano la mano creadora  
Apenas veinte veces mi frente coronó:  
Y siento que mi dicha los ciervos se llevaron,  
Y que siniestra sombra mi porvenir vistió.

¡Oh Dios! ¡Cómo se han muerto las flores de mi vida!  
Murieron en mi infancia los sueños del albor;  
En el espacio inmenso sus formas se perdieron,  
Del mundo en el bullicio mi cántiga espiró.

¡Oh! ¡Si los placeres necios me prestan aun sus llamas  
Diré: ¡Pasad, fantasmas, dejadme mi dolor!  
¡Mi alma desgarrada el infortunio liba,  
Pero jamás del vicio escuchará la voz!

No quiero que mis quejas sobre tu casta frente  
Dibujen negras líneas, emblemas del pesar;  
No quiero de tus ojos tan bellos é inocentes  
Que perlas cristalinas comiencen á brotar.

Ni que su brillo apaguen tus vírgenes mejillas,  
Ni que tu ebúrneo seno comprima mi dolor:  
¡Yo quiero que mis cantos prodiguen la ventura!  
¡Yo quiero que tu planta camine sobre amor!

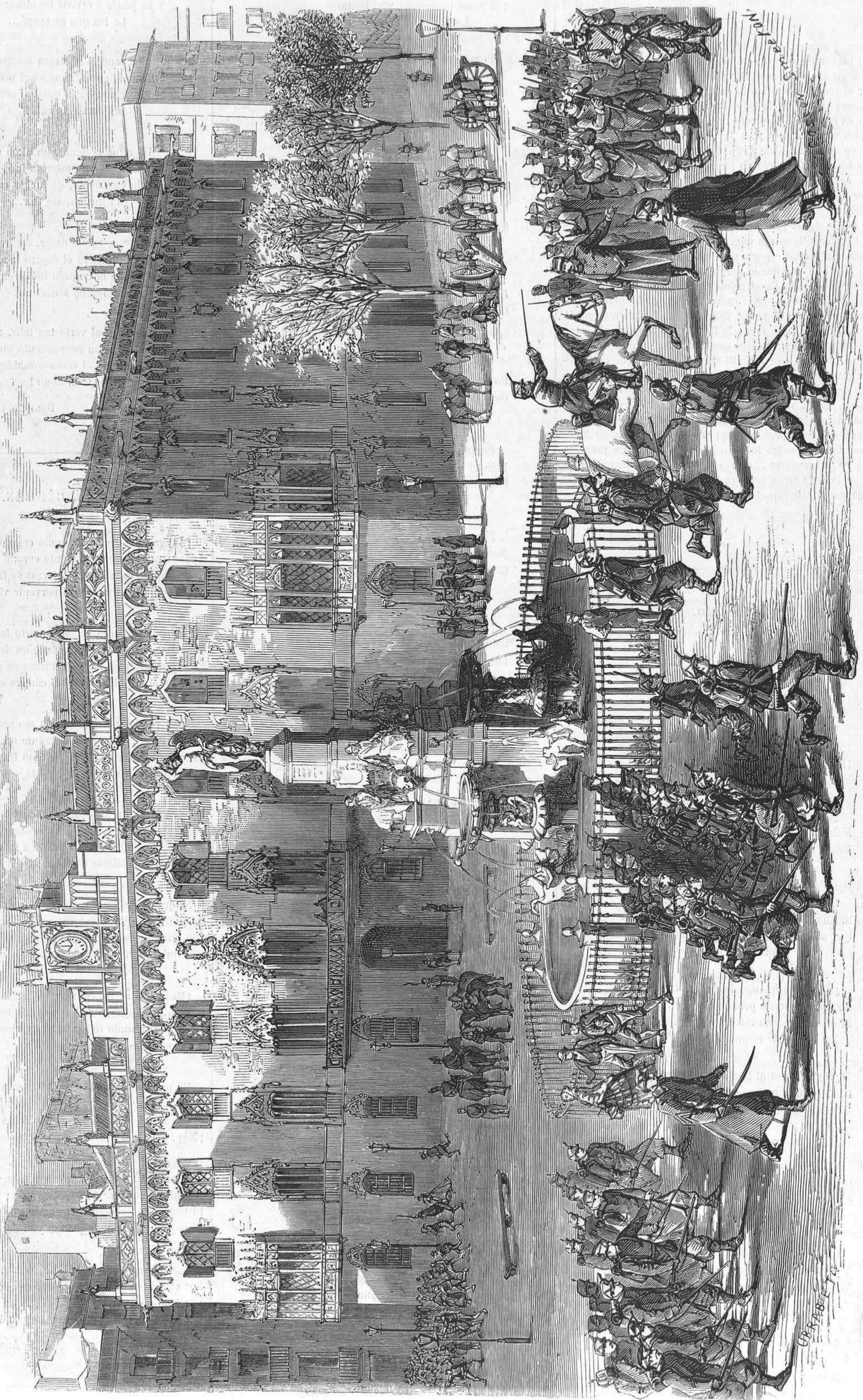
¡Mas, ay, tal vez conservas oculto dentro el pecho  
Alguna gota amarga de ponzoñosa hiel!...  
¡Ah, en el mundo todos tenemos nuestra historia,  
Y todos en secreto tenemos padecer!

Tú piensas en las rosas, de Oriente en los albores,  
En los dorados sueños del alba juventud:  
¡Mas, ay, cuán presto pasan las rosas y los sueños!  
¡May, ay, cuán presto rasgan el misterioso tul!

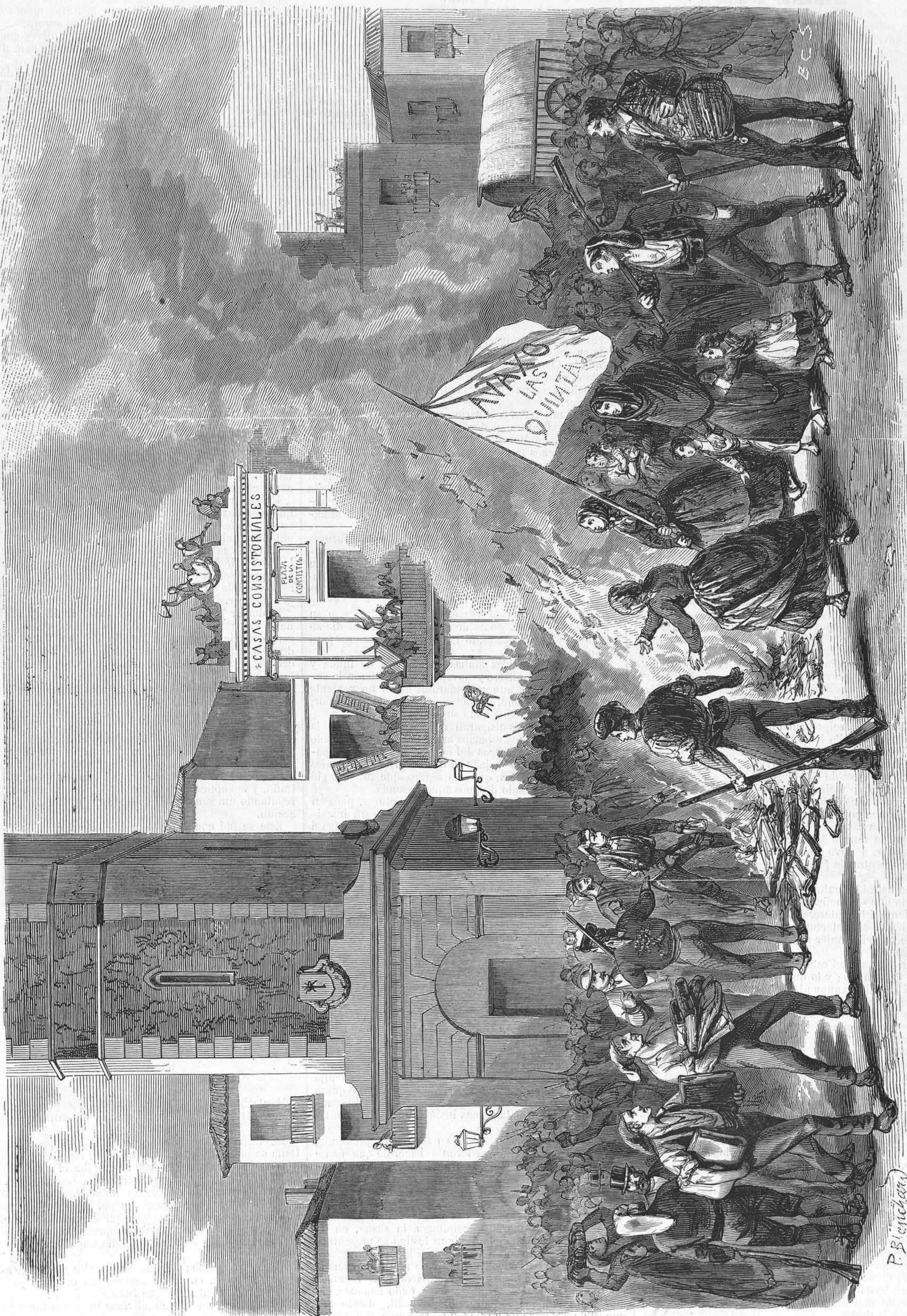
Si acaso tu alma sufre, que nunca vea el mundo  
De palidez cubrirse tu sonrosada faz;  
Él befa nuestras penas, él piensa que vivimos  
Para placeres solo, la pompa y el danzar.

¡Se fueron, sí, muy pronto, para dejarme triste,  
Los sueños que brotaron de mi rosado albor!...  
¡Trabajo en el silencio, y espero que algún día  
Sobre mi sien descienda fugaz soplo de amor!

AMADEO ERREGART.



SUCESOS DE ESPAÑA. — La tropa haciendo evacuar la plaza de Palacio en Barcelona.



SUCESOS DE ESPAÑA. — Los insurrectos destruyendo los archivos municipales.

P. Bianchi

## El Doctor Témis

NOVELA ORIGINAL ESCRITA POR EL MALGRADO

JÓVEN GRANADINO

DOCTOR JOSÉ MARIA ANGEL GAITAN.

(Continuacion.)

Y era eso muy natural en una mujer á quien la verdad, si hubiese sido descubierta, elevaba á una altura y á una grandeza admirables; mientras el error en que respecto de ella se estaba, era el que la anonadaba y envilecía.

El capellan, pues, le habia causado un sufrimiento muy vivo; pero ese sufrimiento no era mas que el principio de las molestias que iba á ocasionar no solo á la Cisne, sino á los que se interesaban por ella.

El capellan á caballo bajaba el cerro, admirando el efecto prodigioso de su oracion si ciertamente aquella mujer era la Cisne, lo que dudaba mucho, por no poder concebir de ningun modo que un objeto tan miserable y desvalido fuese digno de una solicitud que desde el principio se habia imaginado no podria dirigirse sino á alguna señora cuyas circunstancias debian ser muy diferentes.

¿Cómo es de creer, decia entre sí, que don Mateo buscara para enfermera de su esposa una leñadora, que aunque á decir verdad, tiene un rostro de admirable belleza para una mujer semejante, muestra todas las apariencias de una mendiga despreciable? Eso no puede ser; ni deberia consentirse que Beatriz tuviera en su misma casa una compañia como esta.

Y aunque verdaderamente sea la Cisne, bien se deja conocer por su belleza que es la querida de alguno, que prevalido de la miseria de un padre de familia, se habrá propuesto quién sabe qué fines siniestros y deshonorosos. Don Mateo ha muerto, y yo debo cuidar en lugar suyo del honor de Beatriz.

Quizá Dios, cuya Providencia es tan sábia, ha querido librar á esta pobre niña de un vilipendio espantoso á que la miseria de su padre iba tal vez á precipitarla, aun cuando para ello haya sido preciso hacerle perder ese padre en los momentos en que comenzaba á extraviarse; porque al fin era hombre, y la pobreza pervierte al mas incontrastable.

No: aquí no podia haber un buen resultado, puesto que Dios ha sido servido de arrebatarlos á don Mateo. Por otra parte, esta mujer dice que vivia con la Daifa y que se ha fugado de su casa: se infiere, pues, que es una vagabunda á quien ha inquietado algun ocioso y se andan buscando recíprocamente.

En fin, sea de ello lo que fuere, dejaremos hasta que la familia de don Mateo, un poco aliviada del justo dolor que la Providencia le ha enviado, se halle en disposicion de ocuparse de este negocio.

Entre tanto, lo mejor que puede hacerse es tratar de persuadirnos si es ó no esta verdaderamente la Cisne, lo que no parece muy diffeil, pues ya se sabe que la Daifa la tenia en su casa.

Ella puede venir á Monserrate, reconocerla y tenerla en su poder, á cuyo fin se le recomendará mucho la asegure, mientras la familia de don Mateo decide lo conveniente.

Así no habrá dificultad, y la Cisne estará á mano al momento que sea menester: todo segun lo halle yo por conveniente á los intereses de Beatriz; pues mientras no sepa quién es el protector y que él hable conmigo muy despacio, aquella mujer no entrará á esta casa de ninguna manera.

El capellan abrazó esta resolucion con la mejor intencion del mundo; y lo que era peor, conocia por desgracia á la Daifa, aunque ignoraba en dónde vivia.

Sin embargo, teniendo indicios de que su guarida quedaba por Egipto, pasó el rio de San Francisco con el fin de hacer algunas investigaciones por este lado.

Aunque preguntó á varias personas por la casa de la Daifa, fueron muy pocas, pues iba de prisa, y las gentes con quienes trató de informarse, apenas pudieron indicarle que por aquellos contornos quedaba la casa que buscaba, sin señalarle su situacion á punto fijo.

Ya iba bajando para la plaza, cuando por un incidente harto funesto, se encontró con Monterilla. Este hombre que, lo mismo que el doctor Témis, se empeñaba en hallar á la Cisne, aunque con diferentes fines, sabia desde el dia anterior que don Mateo la buscaba; no ignorando, por supuesto, ser esta la causa de haberlo asesinado.

Sabia además que el auxiliar que don Mateo empleaba para dar con ella era el capellan.

Así fué que al encontrarlo lo detuvo para hablar con él, á pesar de no ser amigos, lo que solo sirvió para que Monterilla se valiera del pretexto de enviar á unas monjas el importante aviso de un pleito que habian ganado el dia anterior y del que tenia noticia, aunque no era el encargado de su direccion.

Esto fué bastante para que en seguida hablasen del asesinato de don Mateo, y despues, por consecuencia natural, de la Cisne.

## XXII.

LA PESQUISA.

Preocupado el capellan con la idea de un milagro, tuvo con Monterilla sobre esto una conversacion muy edificante, en la que no solamente le refirió todo lo ocurrido, sino que lo impuso de sus planes para que la Cisne fuese reconocida por la Daifa y depositada en su casa hasta que la familia de don Mateo decidiese sobre el particular.

Mucho aplaudió Monterilla tan acertada resolucion, haciendo además creer al capellan, que quien estaba secretamente interesado por el hallazgo de la Cisne, era Emilio; que este era su amante, y que muchos pecados podrian evitarse si se lograba volver aquella jóven al lado de la Daifa, de donde se habia fugado sin otro motivo que la seducccion.

El capellan escandalizado siguió su camino resuelto á no mezclarse mas en un asunto mundano que poco le importaba, y que probablemente no era muy limpio, como él decia, para que mereciese su intervencion, ni Beatriz oyera sus pormenores.

Entre tanto, Monterilla se fué donde la Daifa lleno de satisfaccion á comunicarle cuanto acababa de saber.

Esta horrible mujer se enajenó de gozo al ver asegurada su venganza, notablemente excitada al considerar lo que la Cisne habia hecho de sus vestidos, el punto desde el cual se estaba burlando de sus perseguidores, y el peligro en que habia comprometido la suerte del Mordedor.

Juraba mil veces castigarla, no con la muerte, que bien sabia mirarla con desprecio aquella desventurada, sino yéndose á Monserrate en compañia de una amiga suya, no menos feroz, para hacerla bajar azotándola por el camino y traerla á su casa, en la que esa noche habia de ser objeto de increíbles horrores, y de donde al dia siguiente, saándole la cara, como ella repetia, la habia de despedir y obligar á que se fuese sin llevar recursos ni siquiera en su belleza para mejorar su situacion futura.

Estas protestas combinadas de diversos modos formaron todo aquel dia el único pensamiento, la sola conversacion de la Daifa, que en el patio de su casa con su criminal compañera, miraba á cada momento hácia Monserrate y se deleitaba con ferocidad en sus bárbaros proyectos.

Bien hubiera querido irse esa misma tarde; pero su cómplice amiga no podia acompañarla hasta el dia siguiente, siéndole por tanto indispensable demorar para entonces la pesquisa.

Al otro dia, vestidas ambas con ruanas de funda y armadas con sus látigos y navajas, emprendieron la subida á Monserrate, aunque temerosas de ser nuevamente burladas por la Cisne, que acaso desde el dia anterior, habria bajado y abandonado su asilo.

Mas las dudas se disiparon con sumo placer de la Daifa, cuando en los espacios arenosos del camino solo vió el rastro de los cascos del caballo en que el capellan habia subido y bajado el dia anterior, los cuales estaban tan marcados, que era seguro que ningun pié humano habia pisado despues aquella senda.

La Daifa no se engañaba en estas conjeturas, pues en efecto estaba todavia la Cisne en Monserrate, sin imaginarse absolutamente que pudiera ir su fatal enemiga á perseguirla hasta allí.

Desde que esta seguridad lisonjeó á las dos mujeres, siguieron su camino con mas satisfaccion, hasta que sintiéndose cansadas, se sentaron un rato, encantadas con esa terrible soledad que le prometia tanto para sus iníquos proyectos.

Veian desde allí muchas de las sinuosidades del camino y por ninguna parte parecia viviente alguno que pudiera estorbarlas ni seguirlas.

Entonces muy satisfechas se gozaban en abrir las navajas y probar el corte, ó en examinar la consistencia de los látigos.

Con esto tomando nuevos bríos continuaron su marcha, hasta que les ocurrió el pensamiento de que el cristian pudiera atreverse á defender á la Cisne, ó intentase de algun modo oponerse á que se la llevaran.

En breve se les dispó este cuidado, determinando presentarse en Monserrate con manifestaciones de bondad y cariño, haciendo la Daifa el papel de una madre tierna que iba hasta aquel punto en busca de una hija querida, de una jóven á quien habia criado y á quien por lo mismo tenia derecho para llevarse consigo, reduciéndola por el halago mas insinuante y las promesas mas seductoras.

Esta resolucion las alentó de nuevo para proseguir, previo el exámen que volvieron á hacer de que nadie las seguia y de que aun al principio de la senda que alcanzaban á divisar, reinaba esa misma soledad que tanto les agradaba y les hacia exagerar á cada paso los pormenores de su crueldad, llegando hasta el punto de gozarse á la vista de los muchos precipicios desde los cuales determinaron precipitar á la Cisne, en el caso de que por casualidad, algun testigo se presentara á estorbarles su accion defendiendo á la víctima.

No habia podido encontrar la Cisne para guarecerse, un sitio mas peligroso y donde tuviera mas recursos la crueldad, en el caso que apenas pudo suponer, de que sus enemigos la sorprendiesen allí, donde era imposible esperar que una mano protectora la salvase,

pues aun cuando por casualidad hubiese quien pudiera defenderla, tan temerario protector seria igualmente víctima de su generosidad en un paraje donde se podia tan fácilmente y de tan distintos modos deshacerse de él á favor de una impunidad segura.

Mas ¿cuál fué el asombro de las dos mujeres cuando al presentarse en Monserrate se encontraron cara á cara con el doctor Témis y Emilio?

Ese dia muy de mañana habia ido Juan Cancio donde el doctor Témis, como lo tenia de costumbre; é instruido desde la tarde anterior por los expresivos movimientos de la Daifa, de que algo muy importante para ella debia haber en Monserrate, no le fué difícil colegir fuera la Cisne que se habia refugiado allí, y por la cual el doctor Témis habia demostrado un grande interés.

Juan Cancio con esos datos se fué donde él, y por señas le hizo saber lo que era muy fácil comprendiese, estando, como estaba, al cabo de algunos precedentes. Así fué, que montando á caballo pasó por la casa de Emilio á quien invitó á que lo acompañase, con cuyo motivo en un momento subieron juntos el cerro, siendo esta la causa de que se viesen tan recientes los rastros en el camino cuando subieron la Daifa y su compañera.

Entre Emilio y el doctor Témis estaba la Cisne en actitud de confianza y agradecimiento, cuando se presentó la Daifa; mientras que ellos con una mirada de desprecio impusieron respeto á las viles perseguidoras, que sin saber cómo se sentian desconcertadas ante estos dos hombres en cuyos bolsillos se veian además sus respectivas pistolas.

Contra todos sus proyectos la Daifa y su compañera se vieron precisadas á aparentar indiferencia, guardando para otra ocasion la realizacion del golpe que pensaban dar, y esperando que bien pronto entre el Mordedor, Monterilla y sus cómplices aniquilarian á cuantos estaban perjudicando sus planes.

Muy importuna era sin embargo para los protectores de la Cisne, la presencia de tales mujeres; porque ¿qué podia hacerse? ¿dónde se colocaba esta jóven inmediatamente, cuando la familia de don Mateo estaba á la sazón consagrada á llorar su infortunio?

El doctor Témis, con todo, resolvió por el momento que marchasen con la Cisne, llevándola aunque fuese á su casa, pues el vestido con que estaba podia evitar por entonces toda sospecha.

La Cisne se habia poseído tanto del riesgo en que se hallaba y de la generosidad y nobleza de sus protectores, que resolvió entregarse á ellos sin desconfianza; y así precedida de Emilio y seguida del doctor Témis, bajó aquel cerro llena de esperanzas y de contento.

El doctor Témis llegó á su casa con Emilio y la Cisne; y empezando á tratar sobre lo que convendria hacer, consideraron que la familia de don Mateo debía desde la muerte de este, mas que en otro tiempo, padecer una escasez extraordinaria; que ya habian manifestado tanto doña Gonzaga como Beatriz, el interés de que don Mateo hallase á esa jóven oculta que debia ayudar á Beatriz en calidad de enfermera de doña Gonzaga, y cuya pension podia tambien auxiliarlas en su pobreza.

En fuerza de estas consideraciones el doctor Témis se puso en el acto á escribir una carta para doña Gonzaga, en la que al mismo tiempo que se condolia de sus trabajos, se disculpaba de llamarle la atencion á un asunto extraño, y le suplicaba permitiese tener oculto su nombre reputando únicamente á Emilio como mediador en esta accion.

Este se fué con la carta y la Cisne á casa de doña Gonzaga, llevando además un bolsillo que contenia la primera pension anticipada. Mas al salir estaba Monterilla parado en la esquina; y conociendo á la Cisne, sintió un arrebató de cólera que le hizo batir el pié contra el suelo y seguirla hasta la casa de doña Gonzaga. Adivinando por consiguiente el mal éxito de la Daifa en su pesquisa, se fué despues donde ella para acordar lo que fuera conveniente hacer en este caso.

Beatriz dió á la Cisne los vestidos que reemplazó con el luto, y esta volviendo á verse con un traje semejante al que tenia cuando vivia su padre, se sintió otra vez noble, rehabilitada y digna de la estimacion de la devota jóven á cuyo lado se encontraba.

## XXIII.

LA JUNTA.

Monterilla llegó donde la Daifa á tiempo precisamente que ella y su compañera rendidas de cansancio llegaban de Monserrate.

Ya era por la tarde; mas eso no bastaba para que la Daifa se hubiese calmado: antes bien, llena de cólera y sentada en el patio de la casa se quitaba el sombrero y le daba contra el suelo, inspirando con estos movimientos al pobre de Juan Cancio un miedo horrible y excitando en Monterilla el furor que por su parte lo dominaba. Este sentado en una silla que estaba á la entrada de un corredoreito preguntaba y repreguntaba á la Daifa la causa del mal éxito de aquella importante excursion.

Ella no contestaba sino llorando de ira y maldiciendo al que tuviera la culpa de semejante contratiempo. Si hubiera sabido entonces que Juan Cancio era el origen de todo el mal, no es fácil adivinar lo que hubiera preferido; si matarlo en el acto ó martirizarlo lentamente,

como juraba hacerlo con la Cisne cuando, según esperaba, volviese á caer en sus manos. Sin embargo, Juan Cancio adivinando el motivo de tanto encono, disimulaba con mucha facilidad, andando de aquí para allí, pero volviendo siempre la espalda á Monserrate, hacía donde por nada de este mundo habría dirigido una mirada durante aquella escena. La Daifa y Monterilla se reconvenían recíprocamente.

— ¿Cómo es posible, decía ella volviendo á golpear el sombrero, que vayan de esta suerte marchando todas nuestras cosas? ¿que lejos de bogar con fortuna estemos peor de día en día? Esa Cisne que se ha burlado hasta donde ha querido de mí, que nunca me he dejado de nadie en este mundo; esa Cisne que además ha causado de intento, pues no lo dudo, tantos perjuicios al Mordedor y á todos nosotros; en vez de sufrir el castigo que merece está ahora en grande riéndose de mí, en este mismo instante en que la furia me desespera. Esto es imposible; y no sé cómo puede soportarlo una mujer como yo, rodeada de tantos hombres que se precian de tales, pero que al fin no hacen sino ofertas que ni aun piensan en cumplir; no lo digo por Vd., señor Monterilla; pero pese á Dios, que yo sola sería capaz hasta de asesinar á ese doctor Témis que los tiene metidos entre un zapato, yo no sé por qué razón.

— No se impacienta Vd., señora Daifa, decía Monterilla, que todo requiere calma y tiempo.

— ¿Cómo no me impacientaré al ver á todos esos mojigatos riéndose hasta donde quieren de nosotros? Don Juan y Santiago en fiestas nada menos, muy divertidos: la Cisne á las mil maravillas en una casa grande; el doctor Témis paseándose lleno de orgullo, y Emilio al lado de su dama en gran tranquilidad... ¡Jesus! Si no parece sino que con tal que sigan persiguiéndonos llegarán todos á príncipes. Entre tanto el Mordedor pasa el día en la cárcel, tal vez para salir al cabo á un establecimiento de trabajos forzados, y yo tengo aquí visita de la policía todas las noches, para coger á ese pobre de don Adolfo que ya no tiene quien lo proteja, y que si por sus propias manos no hubiera matado anoche á ese viejo mequetrefe, sabe Dios dónde estaría hoy.

— Eso no, repuso Monterilla; y le aseguro de nuevo que dentro de poco las cosas no irán así.

— ¿Pero cuáles son esas providencias, replicó la Daifa, que se están tomando para mejorarlas? ¿está acaso la gracia solo en anunciar que haremos y tornaremos, no obstante que ya lo estén ahorcando á uno y que nadie haga el menor caso de amenazas que nada significan, y de las que se rien altamente?

— No tanto así, dijo Monterilla, que yo sé muy bien que el caballero Emilio está tan confundido, que da lástima; siendo además muy cierto que la señorita Adelaida ha derramado ya sus buenas lágrimas previendo los trabajos que amenazan á su amante.

— Gran cosa es esa por cierto, repuso la Daifa; en tanto que la otra que importa más, se halla muy en grande.

— Eso puede ser solo por un momento, señora.

— Y los otros, continuó ella, también por un momento, andan bailando y cantando sin hacer caso de nada, á pesar de que Vd. mismo ha dicho que son peligrosos, ó pueden serlo despues.

— Déjelos Vd., contestó Monterilla, que por lo que respecta á don Juan, ya caerá; no hay para qué hacer caso de él, pues cuento ya como si lo hubiésemos despachado; siendo bien seguro por tanto, que no volverá á Bogotá. Mañana debe irse don Enrique, y ya se ha dispuesto el modo de lograr que don Juan se venga por la noche, probablemente solo; pues Santiago, que está muy enamorado, no tiene tampoco á qué volver aquí; así es que solamente con nuestro amigo... aquel que usted sabe, pues por ahora no podemos disponer de más gente, tenemos lo bastante para que emboscado en el camino, lo despache con la mayor facilidad del mundo.

— ¿Y á ese niño Enrique, repuso la Daifa, por qué no procuran emplearlo, cuando muestra tan buen carácter?

— El no es sino un auxiliar para mí solo, contestó Monterilla; y eso gracias á su rivalidad con Emilio, que es la que lo hace se preste á intervenir en algunas cosas muy menudas; pues para lo más grande no sirve absolutamente.

— Es que podían encargarle con provecho á ese señor Santiago.

— Santiago poco importa, con tal que no se aparezca á ayudar á alguno de los otros, pues yo no tendré trabajo en perdonarle por ahora el desprecio con que me trató.

— Mas... silencio, dijo la Daifa interrumpiéndose al oír el ruido de uno que se acercaba.

— Sí: es bueno no conversar mucho estas cosas, añadió Monterilla en voz baja.

— Sin embargo, yo creo que eso nada tendría de malo, replicó la Daifa, porque al fin no hablamos mas que de esperanzas vanas é ilusorias.

— De esperanzas que habrán de cumplirse, dijo Monterilla á tiempo que se presentó en el patio el capellan.

Monterilla al verlo se paró con precipitación, se quitó el sombrero haciendo demostraciones de gran reverencia, y acercándosele para saludarlo. La Daifa se paró también siguiendo el ejemplo de su interlocutor, en tanto que Juan Cancio, con el sombrero en la mano, se arrojaba al capellan para besarle el vestido. Aquella creyendo no cumplir debidamente con los deberes de la buena crianza, si no invitaba á este sacerdote á que entrase y tomase asiento, lo hizo así; mas él, como debe suponerse, no aceptó esas atenciones, limitándose á llevar allí, no más, el objeto de su visita.

— Vengo únicamente, dijo dirigiéndose á la Daifa,

con el fin de dar á Vd. aviso de que una muchacha que pertenece á esta casa, se halla en Monserrate: yo querría que Vd. fuese por ella y la tuviese aquí hasta que cierta familia decida con mi anuencia lo conveniente.

— Señor doctor, dijo Monterilla: ya la señora fué por esa muchacha hasta Monserrate, donde dos pisaverdes han tenido el atrevimiento de arrebatarla y cargar con ella.

— ¿No lo dije yo? repuso el capellan: ¿Con que no es uno solo sino que son dos?... ¡Quién lo creyera!

— Pero lo más gracioso es, añadió Monterilla con semblante de admiración, que esos dos pisaverdes han colocado muy bien á la muchacha en casa de doña Gonzaga.

— ¡Cómo! exclamó el capellan. Eso no puede ser.

— No podrá ser; pero así es en efecto, dijo la Daifa; y espero por tanto, que el señor doctor como buen sacerdote, ayude á una pobre mujer en la empresa de recuperar esa muchacha á quien he criado, y sobre la cual tengo todos los derechos de madre.

— A lo menos, dijo el capellan, aquí es su casa, aquí debe por lo mismo vivir y de ningún modo en casa de Beatriz. No, señor; eso no puede ser; porque no quiero tampoco que Beatriz tenga á su lado ninguna compañera, pues tal cosa no serviría sino para distraer á esa niña. Cuando yo no pienso sino en que olvidándose enteramente del mundo se incline á las mujigas, es claro que no le conviene en manera alguna semejante compañía. No: todo mi trabajo se perdería sin remedio.

— Y esto es que no se tiene en cuenta, dijo Monterilla, que la Cisne es de un carácter diabólico, que solo la señora Daifa sabe tener á raya; esto lo está viendo el señor doctor; pues una muchacha que se fuga de la casa en que vive, donde nada le falta y aun se le trata como á señora, no puede menos de ser de malísimas inclinaciones.

— ¡Pobre de esa señorita Beatriz! dijo la Daifa: estoy segura de que aun cuando sea un ángel, al lado de la Cisne, será otra tal en ocho días.

— ¡Jesus mio! exclamó el capellan levantando los ojos; esto no puede ser.

— Y sobre todo, continuó la Daifa; yo reclamo á esa muchacha, y nadie en conciencia debe oponerse á que la tenga á mi lado y la dé una buena educación; por el contrario, hago responsables á los que la protegen, de todos los pecados que puede causar el encubrirle sus extravíos, y el sustraerla sin derecho de la casa en que puede corregirsele.

— Tiene Vd. razón, repuso el capellan: así es que puede contar con que de aquí á tres días iré á arreglar estas cosas.

— Mejor sería que fuera hoy mismo, replicó Monterilla.

— Hoy no conviene interrumpir la oración de la familia por el alma bendita de don Mateo; pero de aquí á tres días pueden estar seguros de recobrar á la Cisne, pues no ignoro que sería ajeno del celo de mi ministerio autorizar tal compañía, cuando basta solo para que se pierda todo mi trabajo, que ella carezca del espíritu de devoción que yo, con la ayuda de Dios, he llegado á inspirar en Beatriz. No, señor: esto no puede ser; y ahí haremos lo más provechoso á la salud espiritual de todos y á la tranquilidad de mi conciencia.

Con esto el capellan se retiró rezando por toda la calle para que Beatriz pudiera resistir, siquiera durante tres días, el contagio temible que debía comunicarle la Cisne.

Monterilla, volviendo á su asiento, continuó la conversación con la Daifa.

— Ya ve Vd., decía riéndose, que la Cisne no está tan en grande como se creía, y que las esperanzas de que hablábamos son mas que fundadas.

— Es cierto, dijo la Daifa, algo menos irritada; pero gracias solo al capellan que nos ha venido ahora tan á propósito que ya no desconfío del buen resultado en esta parte. Por lo mismo, señor Monterilla, ahora que las cosas empiezan á mejorarse, conviene que ustedes trabajen con mayor empeño, pues en cuanto á mí, si Dios vuelve á poner en mis manos á la Cisne, aseguro que me las ha de pagar á toda mi satisfacción.

— Bien hecho será eso, que tanta insubordinación y tantas burlas merecen un castigo muy severo.

— Eso enseñemelo á mí, dijo la Daifa levantándose y dejando solo á Monterilla, quien se puso luego á pasear por el patio, echándose al hombro el canto de la capa, y en actitud de meditabundo.

La noche se acercaba, y él desapareció tomando una de las senditas ocultas, por la cual se dirigió á su casa.

Esta era una especie de sótano situado en una calle tenebrosa, y confundido entre las casas siniestras que se ven por aquel lado.

Allí llegó y se quedó encerrado sin que se viese entrar á nadie más, hasta muy tarde de la noche, cuando la luna se había ya ocultado, hora en que fueron llegando poco á poco algunos personajes misteriosos que entraban sin hacer el menor ruido, pues que las puertas apenas estaban entornadas.

Aquellos sitios, que son muy solitarios y oscuros aun durante el día, lo estaban en extremo esa noche, no viéndose absolutamente ni gente ni animales de ninguna clase.

Ya que llegaron todos, á excepcion del asesino de don Mateo, que lleno de alarma no se atrevió á salir esa no-

che todavía, se reunieron en un aposento bajo, de figura de caverna, donde alumbrados por un candil lúgubre, se sentaron con gravedad.

Monterilla ocupando como presidente el asiento más distinguido entre ellos, les dirigió la palabra en estos términos:

— Señores: la Daifa acaba de quejarse ante mí con aparente razón, porque ve la insuficiencia de nuestros pasos para escapar de la justicia y arruinar á nuestros perseguidores, quienes por donde quiera, llenos de orgullo y desvergüenza, se burlan de nosotros hasta el extremo de estar los unos bailando en las fiestas, y los otros gozando aquí de una tranquilidad que nuestra compañía no alcanza á turbar. La Daifa solo ha creído laudable la acción que la otra noche ejecutó con admirable valor nuestro nuevo socio el distinguido don Adolfo, á quien le cupo la gloria de libertarnos de uno de nuestros enemigos, por desgracia el más pequeño. El orden de las cosas, pues, ha señalado ya con este primer hecho el camino que debemos seguir, pasando gradualmente de lo más pequeño á lo más grande. Es precisamente mi opinión, y me cabe la honra de someterla á vuestra consideración.

— Es buena; dijo uno á quien llamaban Soliman.

— Muy buena, dijo otro que se distinguía con el nombre de Oropimente.

— En consecuencia, pues, continuó Monterilla, debe seguir en la gerarquía para pagarnos el tributo legítimo, don Juan de Oliva, enemigo pepuño también, pero que puede llegar á ser muy grande. El señor Oropimente es el encargado de esta proeza, dejándosele íntegro todo el botín en recompensa de su adhesión al comunismo que la época predica, y del talento admirable con que sabe sostenerlo. Mañana marchará don Enrique, mi cooperador, para las fiestas; y según lo acordado anoche, ya se ha visto será indudable que inmediatamente que llegue habrá de salir don Juan solo para Bogotá. Oropimente se colocará en aquel sitio que con tanta elocuencia le cupo la satisfacción de describirnos en la última junta. Allí nos librará de ese débil enemigo.

— Muy bien, repuso Oropimente. ¿Quién sigue en la gerarquía?

— Sigue, dijo Monterilla, la Cisne.

— Respecto de ella, repuso aquel, debe hacerse lo que se acordó desde anoche y que fué lo aprobado por todos unánimemente.

— No, replicó Monterilla, porque las cosas han variado mucho acerca de este artículo, el que por tanto, viene á ser esta noche el objeto quizá más grave de que tiene que ocuparse la junta. La Cisne nos ha sido hoy arrebatada por dos de sus protectores, enemigos nuestros, cuando la Daifa fué por ella á Monserrate. Mas ya se sabe que esa jóven está en casa de don Mateo, y la Daifa espera que el capellan le ayude á recuperarla.

— Nada de capellan, contestó Oropimente.

— Corriente, exclamó Soliman. Y yo propongo que se empleen otros medios para apoderarnos de la Cisne, haciendo que vuelva al poder de la Daifa.

— ¿Cuáles pueden ser esos medios? preguntó Monterilla.

— Indicaré los que me parecen por ahora más fáciles y seguros. Dos de entre nosotros deberíamos presentarnos una de estas noches en casa de doña Gonzaga, y apoderarnos de la Cisne, bien fuese por medio de algun artificio, bien por la fuerza si la maña no bastare.

— Muy bien pensado, dijo Oropimente; y tanto más, cuanto que no habiendo en esa casa sino mujeres solas, y aun muy pocas, apenas pueden oponernos resistencia.

— Eso es exacto, añadió Soliman.

— ¡Brillante idea! exclamó Monterilla; y por mi parte pido que se apruebe.

Entonces este, que se reservaba acerca de la Cisne otros proyectos secretos, abrió el libro de acuerdos de la junta, escribió en él durante un rato de silencio, pasado el cual preguntó á la junta si firmaba; y no habiendo replicado nadie, sancionó el acuerdo con su firma.

— Sigue en la gerarquía, continuó cerrando el libro, el caballero Emilio.

— Yo quiero, gritó Soliman, que Emilio muera; y me encargo desde ahora de la ejecución de este acuerdo.

— No, señor; dijo Monterilla. Emilio no morirá hasta que haya sido miembro de esta junta. Si bien se considera se verá que él no es vuestro enemigo, y que en nada os ha ofendido: solo yo tengo razón para quejarme de él, y para vengarme cuando lo tenga por conveniente. Así es que me opongo abiertamente á todo cuanto tienda á ofenderlo, y extraño que olvideis tan fácilmente el interés que en su conservación tiene don Adolfo. Además ya está acordado anticipadamente que el objeto principal de la compañía respecto de ese jóven, es el de hacer que venga también á figurar con el tiempo como miembro de esta junta.

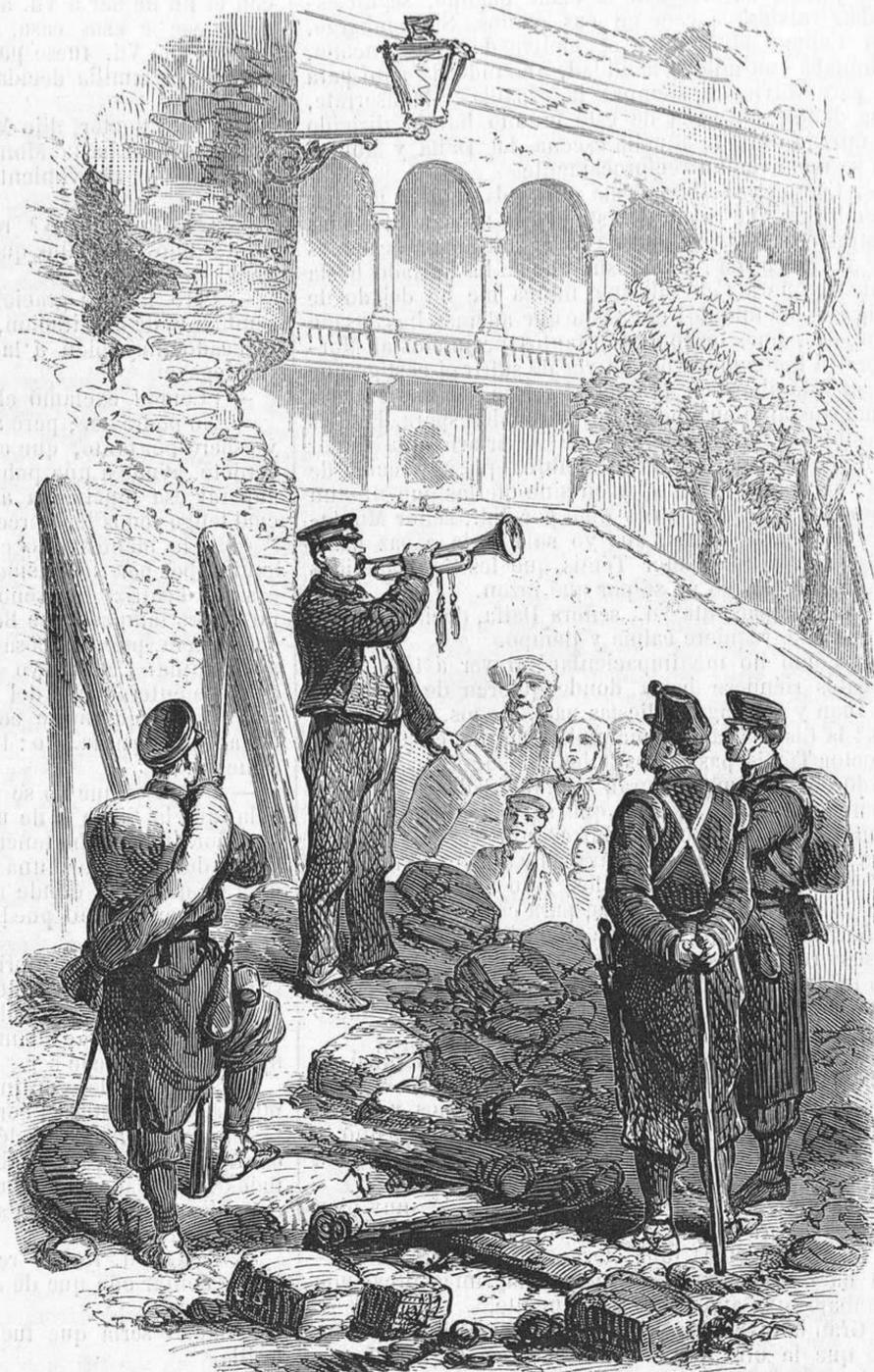
— Mas yo voy observando, dijo Soliman, que eso es muy difícil.

— No lo es tanto, repuso Monterilla; y puedo aseguráros que vendrá tan luego como esté infamado, perseguido de todos, despreciado de Adelaida y lleno de desesperación: en una palabra, cuando sepa aquello que habeis acordado anoche se le revele en la primera ocasión oportuna. la que hasta ahora habeis juzgado pueda presentarse la noche del concierto en la Sociedad Filarmónica.

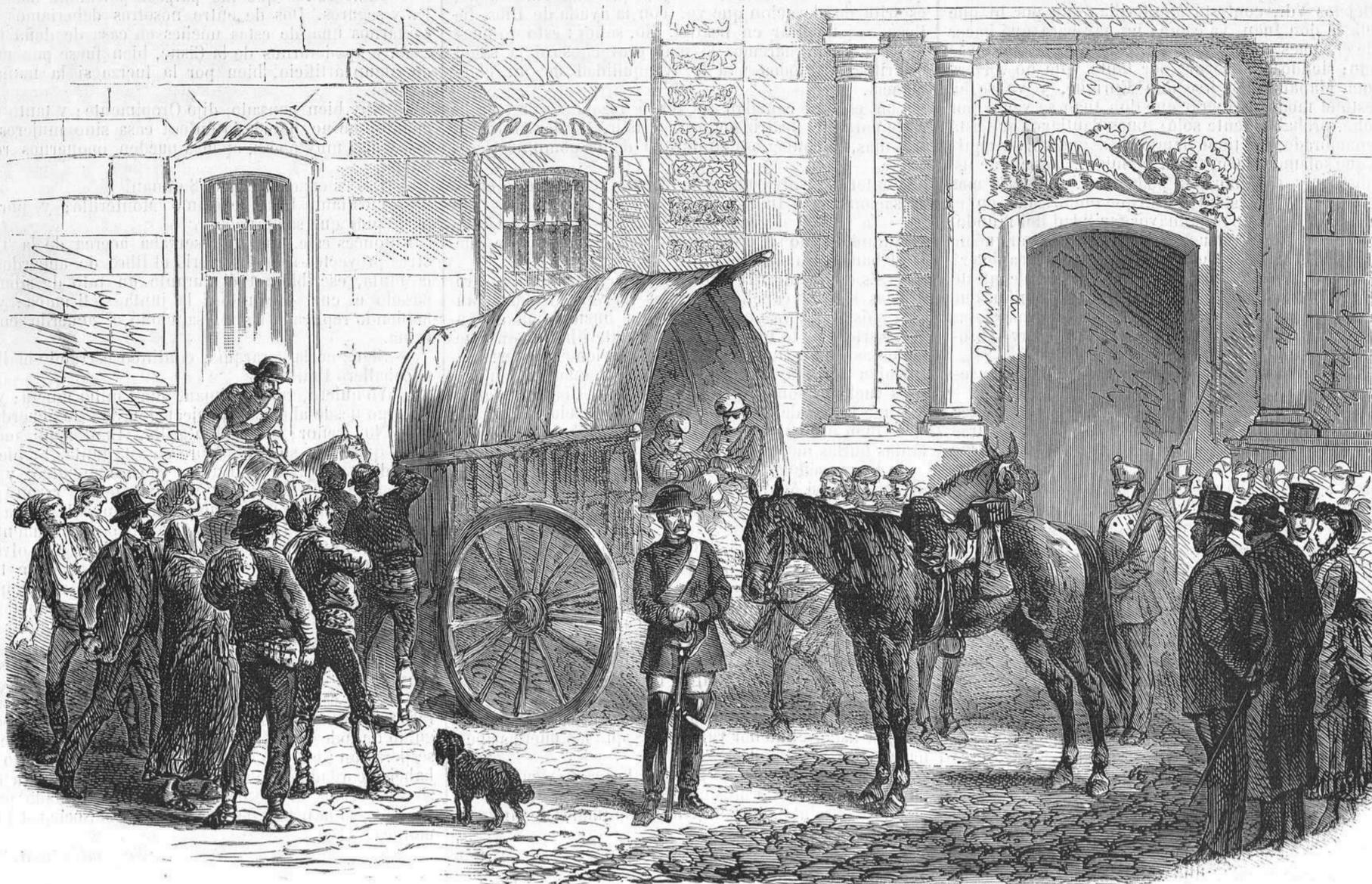
(Se continuará.)



GRACIA. — Un episodio de la lucha.



Lectura del bando para que los vecinos iluminen las casas.



Sucesos de España. — Los prisioneros.



LA PRIMAVERA.

## Literatura dramática.

## EL AGENTE SECRETO,

COMEDIA EN DOS ACTOS, ESCRITA EN INGLÉS.

(Continuacion.)

ERNESTINA.

Resolucion, y saldremos bien. Como necesitaremos un auxiliar, me he acordado de Netchen, la mujer de Roberto, vuestro ayuda de cámara, que en otro tiempo estuvo á su servicio. Ya he puesto á prueba su talento y su fidelidad.

DUQUE.

No hay tiempo que perder, pues oigo á la duquesa y á los ministros que vuelven del consejo.

*(Váse Ernestina por el terrado.)*

## ESCENA V.

LA DUQUESA, EL CONDE STEINHAUSEN, EL BARON STANBACH, EL CONDE OSCAR, señores y señoras de la córte.

DUQUESA, al duque.

¡Buenos dias, Victor! *(El duque la besa la mano.)* No os he visto en mi recepcion de anoche. Pienso que habreis pasado la velada mas agradablemente que en mis salones.

DUQUE.

No, queridísima madre. Leía una obra seria, leía á Maquiavelo.

DUQUESA.

¿Y qué cosa interesante habeis encontrado en tan fastidioso autor?

DUQUE.

He hallado, madre mia, que un príncipe débil que descuida sus deberes, es mas funesto para su pueblo que un príncipe que los tiraniza.

DUQUESA.

Con efecto, es una de las frases retumbantes del florentino. Querido hijo, tened cuidado con esos autores sentenciosos que se creen filósofos, y no os canséis el entendimiento con estudios superiores á vuestra edad. Quería consultaros sobre el baile de máscaras de mañana. *(El duque se inclina.)* El conde Oscar, que llega de Paris, nos trae preciosos trajes: ¿os acordais del conde Oscar?

CONDE STEINHAUSEN.

Mi sobrino, Alteza.

DUQUE.

Perfectamente, no se olvida jamás una figura como la suya. *(Oscar se acerca y saluda con fatuidad.)*

OSCAR.

El recuerdo de S. A. me honra sobremanera.

DUQUE, volviendo la cabeza y aparte.

Me inspira una antipatía natural ese fátuo tan contento de sí mismo. *(Se oye la música que toca en el jardín.)*

DUQUESA.

¿Qué música es esa?

CONDE.

¿Oís, baron?

BARON.

Sí... me parece que... *(Un oficial que ha ido al terrado vuelve y dice:)*

OFICIAL.

Son los músicos de la guardia ducal que tocan en el jardín.

DUQUESA.

¡Los músicos de la guardia ducal!... *(Va al terrado á mirar al jardín.)* ¡Ah! cielos, ¿tenemos una revolucion? Los jardines están llenos de pueblo... *(Se apoya en el hombro de una dama de honor, y dice con voz conmovida:)* ¿Quién ha hecho eso? ¡Ah! ¡conde, baron!... *(el conde y el baron se quedan cortados)* hablad, ¿quién ha podido atreverse?

DUQUE.

Yo, madre mia, yo me he atrevido á tomarme esa libertad.

DUQUESA.

Vos, Victor. ¡Oh! ese ruido... mi pobre cabeza... eso causará mi muerte... Victor, tengo derecho para hablar, yo que me he consagrado á todos los cuidados del gobierno para quitaros de encima ese peso...

DUQUE.

Madre mia, el cielo me preserve de quereros causar el menor disgusto... Puesto que la música os molesta, *(á un criado)* mándales que callen. *(El criado saluda y sale.)*

BARON, aparte al conde.

Ya veis cómo cede, hace de él cuanto se le antoja.

CONDE, aparte al baron.

No estoy seguro de ello.

DUQUE.

Y ahora, madre mia, tengo que deciros una cosa que me es muy agradable.

DUQUESA.

¿Cuál es, querido Victor?

DUQUE.

Un antiguo amigo viene á pasar algun tiempo en mi compañía.

DUQUESA.

¡Un amigo!

DUQUE.

Un amigo íntimo, y á quien conozco hace largo tiempo.

DUQUESA.

Supongo que es alguno de vuestros alegres compañeros.

DUQUE.

No, es un hombre muy serio, un buen observador.

DUQUESA.

¿Su nombre?

DUQUE.

No puedo decirlo; mi amigo es un hombre original en ciertas cosas, y desea que se calle su nombre.

DUQUESA.

¿Y cómo le recibireis en la córte? Preguntad al gran chambelan: ¿podemos recibir á una persona que se niega á nombrarse?

BARON.

Es imposible, Alteza. Si la persona se presentara sin cabeza, no seria una objecion; pero sin nombre, es de todo punto inadmisibile, y no hay precedente.

DUQUE.

Baron, no temo los inconvenientes por lo que toca á la etiqueta. Aunque mi amigo es de la alta sociedad y ha vivido en la córte, no desea que le reconozcan.

BARON.

¿Viaja de incógnito?

DUQUE.

Exactamente, y como viaja sin comitiva y habitará en mis aposentos, no se encontrará con nadie.

CONDE, aparte.

Me son sospechosos los hombres que no se encuentran con nadie... pues de repente se aparecen, cuando menos se les espera.

DUQUESA.

Pero, mi querido, Victor, siempre preguntarán quién es y qué hace en la córte.

DUQUE.

Pues podeis responder que es mi agente secreto.

DUQUESA, con inquietud.

¿Vuestro agente secreto?

BARON.

¡Secreto!

CONDE.

¡Secreto!

DUQUE.

Sí, por cierto, y para probaros que posee buenas noticias sobre los asuntos importantes, *(enseña una carta)* me escribe de Brunswick.

CONDE.

¿De la córte de Brunswick?

DUQUE.

De la córte... me escribe una noticia extraña... ¿conoceis á la princesa Amelia, conde?

DUQUESA, estremeciéndose.

¡La princesa!

CONDE, confuso.

No, no... es decir... sí, la señora duquesa... Vuestra Alteza...

DUQUESA.

Sí, conozco á la princesa Amelia, hijo mio.

DUQUE.

Pues bien, me dice entre otras cosas, que en nuestra córte existe un proyecto... ¡Ah! sí, el proyecto de casarme con ella.

DUQUESA.

¿Y quién os dice eso?

DUQUE.

Mi agente secreto.

CONDE, aparte al baron.

Me encuentro en un terreno muy resbaladizo, baron.

DUQUE.

¿Será verdad, mi querida madre, que quereis ahorrarme hasta la molestia de buscarme esposa?

DUQUESA.

Confieso que se me ocurrió, lo mismo que al conde Steinhausen, que era tiempo ya de buscaros un buen partido.

CONDE.

Un partido que fuera del agrado de Vuestra Alteza.

DUQUE.

Segun lo que me escribe acerca de la princesa mi agente secreto, creo en verdad que no es mala la eleccion.

CONDE, aparte.

Respiro.

DUQUE.

Me dice que es preciosa.

DUQUESA.

¿La conoce pues?

DUQUE.

Intimamente. Y añade que es jóven, afable, de talento...

CONDE.

Y un prodigio de belleza.

DUQUE.

Creía, conde, que no la conociais.

CONDE.

No la conozco personalmente, pero he visto su retrato, y no se dice que la haya hecho favor el retratista.

DUQUE.

Es lo que tambien asegura mi agente secreto.

CONDE, aparte á la duquesa.

Tiene interés por la córte de Brunswick. *(Sale un criado, y entrega al duque una carta que abre y lee, despues de lo cual deja escapar una exclamacion de alegre sorpresa.)*

DUQUESA.

¿Qué es eso, Victor?

DUQUE.

Que ha llegado mi agente secreto.

CONDE.

¡Ya! (*La duquesa, el conde y el baron parecen conrariados.*)

DUQUESA.

¿Y de veras no se presentará?

DUQUE.

No, insiste en conservar el mas estricto incógnito.

BARON.

Sin embargo, yo, como gran chambelan, deberia ir á saludarle...

CONDE.

Y yo haria lo mismo, Alteza.

BARON.

Además, le ofreceria mis servicios.

CONDE.

Y yo pondria mi carroza á sus órdenes.

DUQUE.

Es inútil, conde, mi agente secreto tiene horror á los carruajes.

CONDE.

Pues mis caballos.

DUQUE.

Mi agente secreto anda siempre á pié.

BARON.

Pues bien, ¿tendrá necesidad de un criado?

DUQUE.

Todos los míos serán suyos.

CONDE.

¿Es posible que no necesite nada?

DUQUE.

Nada.

CONDE, aparte.

¡Feliz mortal! (*El duque saluda á la duquesa y se aleja: la duquesa le llama.*)

DUQUESA.

¿Me dejais, Victor? Creia que pasariais esta tarde con nosotros.

DUQUE.

No puedo, madre mia, voy á recibir á mi agente secreto. (*Váse.*)

EL CONDE Y EL BARON.

¡Su agente secreto!

ESCENA VI.

LA DUQUESA, EL CONDE, EL BARON, etc.

DUQUESA.

Ya lo habeis oido. Ahora á vosotros corresponde decirme quién es ese hombre que se introduce tan inesperadamente y de ese modo en nuestra córte, donde parece ejercer una influencia sin límites sobre el duque. Conde, vos que habeis perfeccionado tanto la policia, que tan ingeniosamente habeis imaginado sacar la fotografia de todo extranjero que entra en nuestro condado, mientras refrendan su pasaporte, supongo que descubriréis quién es ese desconocido, y que desde luego me enseñareis su retrato.

CONDE.

Confieso á V. A. que hasta ahora estoy en falta... ese señor cae aquí de las nubes.

DUQUESA.

Y vos, baron, que teneis espías en todos los rincones de palacio, ¿qué sabeis del amigo de mi hijo?

BARON.

Nada absolutamente; ha sabido burlar nuestra vigilancia.

DUQUESA.

¿Con que ese es vuestro celo... vuestra gratitud, al cabo de diez y seis años que os protejo?

BARON.

¿Puede V. A. poner en duda nuestra adhesion?...

CONDE.

Los intereses de V. A. son los nuestros.

DUQUESA.

Probadlo pues descubriendo quién es ese desconocido, ó temed los efectos de mi resentimiento. (*Váse la duquesa con Oscar y toda su comitiva.*)

ESCENA VII.

EL CONDE, EL BARON.

CONDE.

Baron, estamos perdidos, si no logramos vencer á ese desconocido.

BARON.

¿Y cómo? Reflexionemos juntos.

CONDE.

Nuestra única esperanza de salvacion está en nuestra alianza mas íntima.

BARON, estrechándole un brazo.

Ya sabeis si estoy adherido á vos.

CONDE.

¡Silencio! Veo á Roberto, el ayuda de cámara del duque, que viene de las habitaciones de Su Alteza. (*Sale Roberto.*)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, ROBERTO.

CONDE.

¿Qué hay, Roberto?

ROBERTO.

Baron, S. A. os informa que os dispensa de enviarle partes diarios.

BARON.

Es muy extraordinario.

ROBERTO.

Conde, S. A. os informa igualmente que los ministros pueden reunirse sin él esta tarde en las habitaciones de la señora duquesa.

CONDE.

¿El duque se propone dar un paseo á caballo?

ROBERTO.

No, señor conde, tiene que tratar un asunto importante con (*misteriosamente*) su agente secreto.

CONDE Y BARON.

¡Ah!...

(*Roberto saluda y váse.*)

ESCENA IX.

EL CONDE, EL BARON.

CONDE.

Lo temia, no van á hacer caso de nosotros.

BARON.

¿Qué partido tomar?

CONDE.

¡Si pudiéramos descubrir siquiera quién es ese agente secreto, y verle y hablarle!

BARON.

¿No podriamos sobornar á Roberto?

CONDE.

Con sentimiento os diré que es incorruptible. (*Se oye cantar á Netchen entre bastidores.*) Escuchad, es su mujer; quizás seria mas accesible... y por ella... (*Sale Netchen cantando, con una caja y un ramillete en la mano.*)

(*Se continuará.*)

La isla de Cuba.

(Conclusion. — Véase el número 903.)

Siempre estamos diciendo que queremos huir de las eternas repeticiones y los lugares comunes, y continuamente nuestra conducta desmiente nuestro propósito. ¿Cómo en la tierra clásica del tabaco, en los campos de la Habana dejaríamos de hablar de la famosa planta? Cíteseme un viajero, uno solo que despues de haber recorrido la isla de Cuba, no haya escrito un capítulo sobre el tabaco.

Sabido es que en la isla de Cuba Cristóbal Colón y sus compañeros vieron por primera vez en 1492 á los indios arrollando hojas secas de modo que formaban un tubo que llamaban *tabaco* y que encendian con suma gravedad para aspirar el humo. El descubrimiento hizo reir mucho, primero á los descubridores y despues á toda la Europa.

Penetraron en la tierra firme y por todas partes encontraron la misma costumbre, aunque con variantes: los refinados se introducian el cigarrillo en las narices, otros en lugar de cigarrillos absorbian tambien por la nariz el polvo de las hojas machacadas. Todo esto pareció una locura.

¡Cuántos otros usos ha consagrado el tiempo y en su fondo no están mas justificados!

Sabido es tambien que la planta puesta en circulación por el embajador de Francia en Portugal Juan Nicot, tuvo terribles adversarios entre las testas coronadas, como por ejemplo Jacobo I, el hijo de María Estuardo, que compuso contra el tabaco el libelo latino titulado *Misocapnos*; el sultan de Turquía, el shah de Persia y el gran duque de Moscovia, que mandaban cortar las narices á los que tomaban tabaco en polvo.

Hoy, es decir, hace muchos años se ha hecho la paz: los gobiernos fomentan el consumo en vez de ponerle trabas. A estas líneas acompaña un dibujo que, mejor que una descripción detallada, dará idea de lo que es una vega de tabaco.

Cinco dias he pasado en Trinidad y no me arrepiento.

Edificada á corta distancia del monte de la Vigía, á pocos kilómetros de la costa meridional, Trinidad aparece en anfiteatro. A algunos centenares de metros corre el rio del mismo nombre, que entra en la mar despues de haber regado feraces campiñas. El clima es puro, el aire fresco, relativamente hablando. A esto añadiremos que las cercanías, bastante accidentadas, ofrecen un carácter pintoresco.

En la costa de la Popa están el Hospital militar y una ermita dedicada á la Virgen.

Trinidad es una hermosa poblacion que tiene magníficas plazas como la de Fernando VII ó la de la Iglesia, y las de Paula y de Santa Ana.

En cuanto á los campos inmediatos no pueden ser mas fértiles: la caña de azúcar y el café se dan perfectamente.

Pero ahora vuelvo atrás, pues deseo hablar de Nuevitas y de sus pescadores de esponjas, especie de anfibios cuyas costumbres merecen una mención especial.

¿Qué es Nuevitas? Una poblacioncita que se eleva en el fondo de una bahía bastante espaciosa, y que hace un tráfico sostenido con los Estados Unidos que la compran azúcar, tabaco, cobre, cera y esponjas.

Llego á mis pescadores. A la vista de sus cabañas, que recuerdan, segun dicen, los antiguos *boios* del Nuevo Mundo, me creí trasportado á la época de las ciudades lacustras. Con efecto, muchas de ellas están construidas sobre estacas, rodeadas de agua por todas partes y batidas por la tormenta.

Sin embargo, no trataremos de poetizar lo que es prosaico: en realidad, no hay nada mas pobre que esas viviendas. Pronto se edifican; reunen algunas estacas bajo la forma de un cono, y las guarnecen con ramajes, largas yerbas y follaje. Ya está hecha la casa.

Junto á la estancia del pescador se encuentran los instrumentos del trabajo, que son, entre otros, unas largas varas armadas con ganchos de hierro que arrancarán á la esponja del fondo del mar: es una draga, ese poderoso rastrillo de los marinos que rodando por el abismo y barriéndolo todo, zoófitos, peces y moluscos, es hasta cierto punto la imágen del destino.

— ¿Qué es la esponja? pregunté yo á uno de los pescadores que probablemente habia envejecido en el oficio.

Y le hice maliciosamente esta pregunta creyendo que me daría una respuesta que no cuadraría con la ciencia.

— Señor, me dijo, la esponja es una especie de planta que brota sobre una piedra y que se asemeja mucho á una familia de animales.

— No está mal, dije para mí.

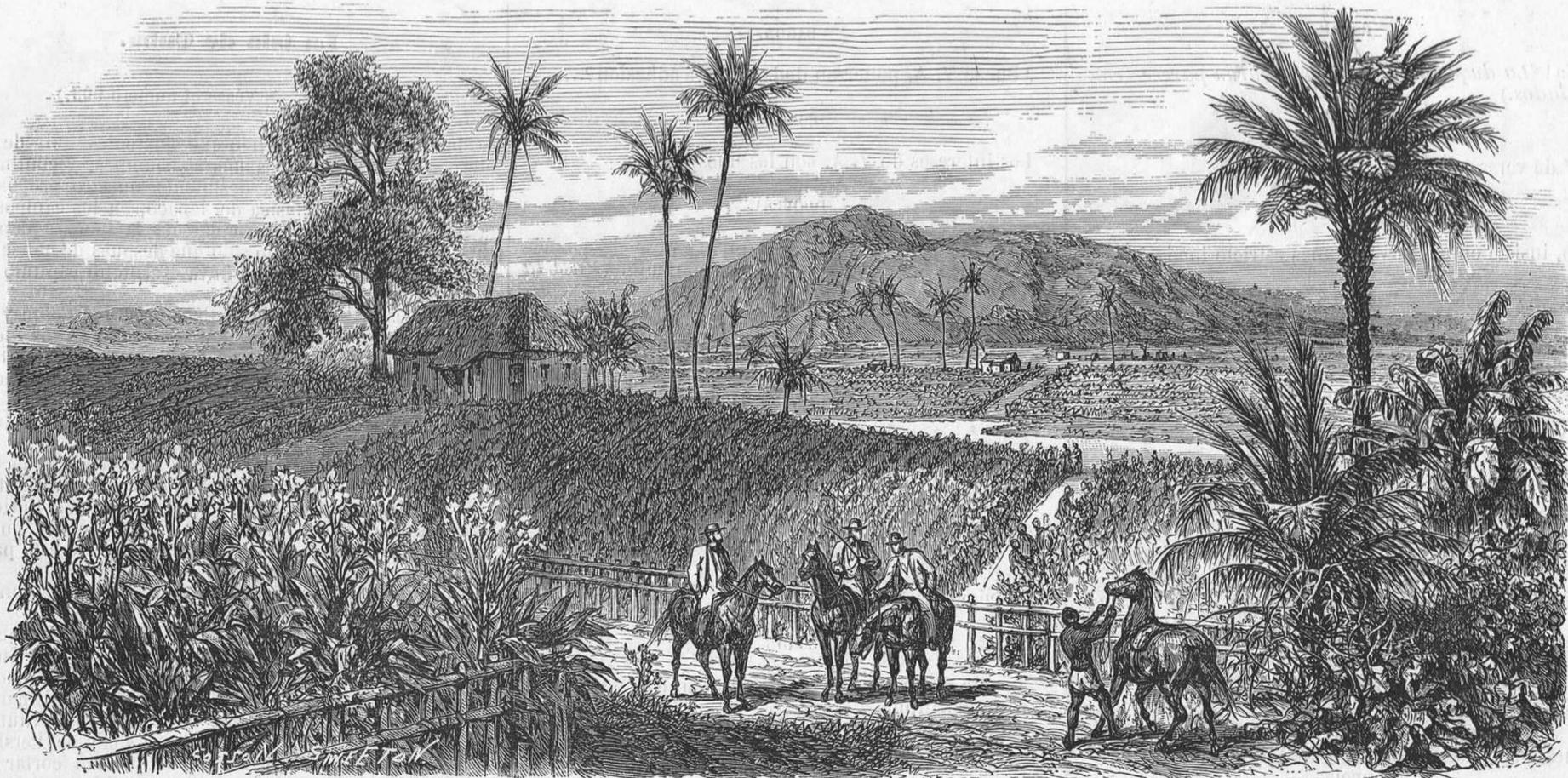
La esponja es, con efecto, un pólip, por consiguiente zoófito, es decir, *animal-planta*. Los naturalistas que vacilaron durante tanto tiempo en clasificar ese extraño producto de miles de animáculos que ingertan unos sobre otros, no habrian tenido mas que consultar al sensato pescador para decidirse.

A propósito de los pescadores de esponjas, voy á concluir con una anécdota novelesca y cuya autenticidad me han asegurado.

El pescador Pedro poseia á pocos metros de la costa una cabaña que se columpiaba sobre las olas como un nido entre los juncos del estanque.

Gustábale ver que se doblegaba como la caña á impulsos de la brisa.

Inútil será añadir que nuestro héroe tenia un sem-



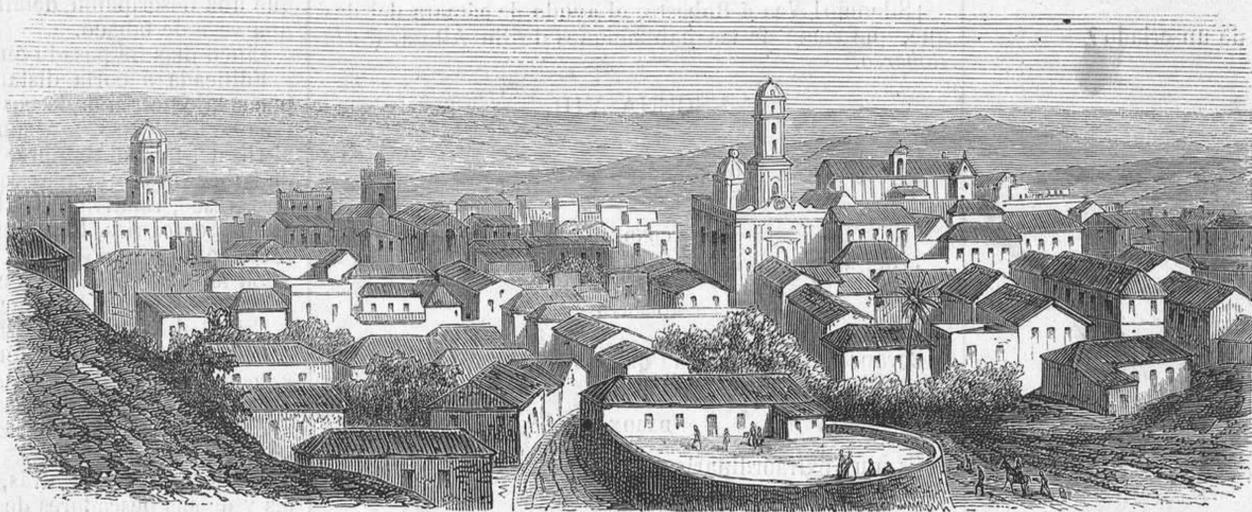
ISLA DE CUBA. — Una vega de tabaco.

blante expresivo, una imaginacion ardiente: era todo un héroe de novela.

Sobreviene una tormenta: un buque naufraga y los pasajeros son arrojados á la costa.

Entre ellos habia una jóven noble llamada Margarita: Pedro la salva, la recoge, la lleva á su cabaña, la envuelve con su propia vida, la admira, la respeta; pero pronto la ama, la ama perdidamente. La choza se convierte en un delicioso asilo: todo eran sonrisas y alegría.

Desgraciadamente la hora del despertar llega pronto; la jóven echa



Trinidad.

de ver que su salvador no es un caballero cumplido, y toma una resolucion heróica, abandona aquel asilo.

El enamorado pescador á su regreso busca en vano á su amada. Desesperado, loco de dolor, cree distinguirla arrebatada por las olas como el primer día: se lanza en el mar y se ahoga.

Interesante es la historia; quizá es una parábola de los corazones ulcerados que sin precipitarse en las olas, se sumergen como Pedro en la desesperacion.

R. C.



Habitaciones de los pescadores de esponjas.